

ADOLESCENCIAS. DE AMORES Y VIOLENCIAS EN ESTOS TIEMPOS

Teens. Of loves and violence in these times

Roxana Frison y Carolina Longás

rofrison@yahoo.com.ar

Facultad de Psicología |Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Se propone en el siguiente escrito, llevar a cabo una indagación respecto a las coordenadas que constituyen el armado de un vínculo de pareja en la adolescencia. De acuerdo a las posibilidades de los sujetos y al hacer de ambos en un momento socio histórico dado, esto puede devenir en entramados a predominio de lo creativo o de lo agresivo, con expresiones de violencia.

Se subraya que el presente trabajo está estructurado alrededor de dos ejes: por un lado, aquel que hace referencia a los avatares que adquiere la construcción de un vínculo de pareja en la adolescencia como momento clave del devenir, y por otro, el que alude a los tres niveles de análisis que se tomarán en consideración en la problemática: lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo. Se sostiene un abordaje que contempla la imbricación de los trabajos psíquicos y procesos de la adolescencia, en tanto momento de estructuración, con producciones disruptivas, singulares, en subjetividades que requieren del sostén exterior dado por los otros y el conjunto social.

Los adolescentes se tornan permeables hacia lo interno pulsional y hacia lo externo de la cultura en la que están inmersos, tomando los enunciados identificatorios portados por el conjunto social. Las exigencias pulsionales y las demandas sociales se erigen en presiones y trabajo psíquico en este tiempo de la organización subjetiva.

Palabras clave: adolescencia; vínculo; conjunto social; violencia

Abstract

It is proposed in the following writing, to carry out an inquiry regarding the coordinates that constitute the assembly of a couple bonds in adolescence. According to the possibilities of the subjects and to make both in a historical moment, this can happen in networks to the predominance of the creative or of the most aggressive, with expressions of violence.

It is emphasized that the present work is structured around two axes: on the one hand that refers to the vicissitudes that the construction of a couple bond in adolescence acquires as a key moment of becoming, and on the other, the one that alludes to the three levels of analysis that will be taken into consideration in the problematic: the intra-subjective, the inter-subjective and the trans-subjective. It supports an approach that contemplates the imbrications of psychic works and processes of adolescence, as a moment of structuring, with disruptive, singular productions, in subjectivities that require the external support given by others and the social set.

Adolescents become permeable to the internal instinct and to the outside of the culture in which they are immersed, taking the identifying statements portrayed by the social group. The instinctual demands and the social demands are erected in the pressures and psychic work at this time of the subjective organization.

Keywords: teens; link; social set; violence

A modo de introducción

En este escrito llevamos a cabo una indagación respecto a las coordenadas que constituyen el armado de un vínculo de pareja en la adolescencia. Para tal fin, circunscribimos dos ejes: aquel que hace referencia a los avatares que adquiere la construcción de un vínculo de pareja en la adolescencia como momento clave del devenir; y el que alude a tres niveles de análisis: lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo. Sostenemos un abordaje que contempla la imbricación de los trabajos psíquicos y de los procesos de la adolescencia, en tanto

momento de estructuración, con producciones disruptivas, singulares, en subjetividades que requieren del sostén exterior dado por los otros y el conjunto social.

Puntualizamos que “en estos tiempos” comprende dos sentidos. El tiempo de la adolescencia, momento de la constitución psíquica atravesada por ciertas particularidades del trabajo psíquico implicado; y el tiempo socio cultural como marca de lo transubjetivo en el que los adolescentes se organizan como sujetos. En este sentido “en estos tiempos” denota lo epocal y sus inscripciones.

Las familias no se encuentran aisladas; forman parte de un entramado sociocultural que impacta en su funcionamiento y a su vez están integradas por sujetos que traen una historia previa de vida con dificultades de menor o mayor gravedad. La violencia social, la violencia institucional, la violencia familiar y la violencia individual deben considerarse articuladas tal como se encuentran en la realidad. A los fines analíticos, podemos tomarlas en forma aislada para un análisis más pormenorizado, pero sin perder de vista este engranaje que las sostiene y potencia entre sí (Bringiotti & Paggi, 2015: 55).

Esta complejidad invita a realizar un análisis del tema que contempla los procesos de constitución de la subjetividad atravesados por las condiciones de época. Se toma el concepto de subjetividad tal como lo plantea Silvia Bleichmar:

[...] es un producto histórico, no sólo en el sentido de que surge de un proceso, que es efecto de tiempos de constitución, sino que es efecto de determinadas variables históricas en el sentido de la Historia social, que varía en las diferentes culturas y sufre transformaciones a partir de las mutaciones que se dan en los sistemas histórico-políticos (2005: 81).

Esta definición, permite dimensionar el valor que adquieren los enunciados para la construcción de la subjetividad, que provienen, no sólo de los otros significativos de los primeros momentos, sino también de aquellos otros que se van sumando a lo largo de la vida de un sujeto.

Entonces, si de sujetos adolescentes se trata ¿cuáles serán las posibilidades de enlace de pareja que tendrán a su alcance contemplando

las particularidades de este tiempo subjetivo y social? ¿Qué características poseerá el vínculo producto del encuentro-hallazgo de un otro elegido para transitar experiencias inéditas, sexuales y amorosas?

Los adolescentes se tornan permeables hacia lo interno pulsional y hacia lo externo de la cultura en la que están inmersos, tomando los enunciados identificatorios portados por el conjunto social. Las exigencias pulsionales y las demandas sociales se erigen en presiones y en trabajo psíquico en este tiempo de la organización subjetiva.

El cuerpo que se vuelve loco, el cuerpo que vuelve loco. Con un doble sentido: el cuerpo del sujeto lo vuelve loco con sus modificaciones y el cuerpo del otro lo vuelve loco de amor. Se trata de salir del espacio conocido, de ir hacia lo extraño, hacia lo desconocido, tan extraño como inquietante y atrayente. Ya no se trata más de salir, sino de salir “con”, y es ese “con” que va a determinar el eje volcado hacia el otro, hacia el cual el sujeto adolescente va a dirigirse radicalmente (Lauru, 2015: 103).

Sobre el encuentro con el otro en la adolescencia

El adolescente es un sujeto que se halla en proceso de exploración, en la búsqueda de sus orígenes, en la indagación sobre quién ha sido para poder trabajar con sus preguntas referidas a ¿quién soy?, ¿quién/qué quiero ser? Cuestionamientos que tendrá que poder responder en su nombre, formulando sus propios anhelos identificatorios, aquellos que en la infancia estuvieron a cargo de los otros significativos. Interrogantes que sobrevienen indefectiblemente en un momento vital en el que se reconstruye la identidad, en el que la tarea que deberá afrontar, tan dolorosa como necesaria, es la que lo conduce a diferenciarse reconociendo sus propios límites y posibilidades, encontrándose con su falta y la angustia que sobreviene como efecto.

No hay vida sin exploración, sin búsqueda de lo ignoto y encuentro con lo perdido y el deseo de recuperarlo y de toparse con lo inédito. Cuando se inicia la pubertad [...] no estamos solo frente a la búsqueda de la satisfacción de la sexualidad apremiante: estamos asimismo ante la llamada del mundo. Ante una costa que invita compulsivamente a ser descubierta (Waserman, 2011: 10).

La diferenciación de los padres como objetos primordiales -esos otros significativos que constituyen el medio ambiente psíquico que aloja al recién nacido- conforma una operación psíquica necesaria sobrevenida la adolescencia y supone tensión, agresividad, la confrontación a lo establecido, a lo instituido. Se desvanecen las idealizaciones y los otros que otrora fueran investidos portando saber y poder, aparecen dramáticamente humanos, fallidos; las maniobras de separación implican un costo psíquico. Dimensionar la dificultad que conllevan, permite que la complejidad del proceso sea considerada atendiendo a los movimientos pendulares que remiten al *fort-da* dado por la particular toma de distancia hostil y la vuelta necesaria a las referencias identificatorias.

Hay manifestaciones que indican que el proceso exploratorio se está haciendo tortuoso [...]. Podríamos decir que hay que ayudar al adolescente a recorrer la calle sin terrores. Por eso, la separación de la “madre-hogar”- el mundo familiar - tiene que ser posible. No hay exploración sin separación. Como diría Winnicott, se trata de explorar “solo en presencia de alguien” (Waserman, 2011: 26, 27).

El adolescente necesita sostén y presencia de esos otros adultos que tienen que sobrevivir a los embates, de manera tal de no anular la asimetría. Se requiere de ellos que escuchen desde una disponibilidad que dé lugar a la novedad que este sujeto en constitución resuelva aportar. ¿Qué herramientas simbólicas les será posible donar en el reconocimiento de la diferencia-distancia generacional, favoreciendo con tolerancia que el adolescente despliegue su propio deseo?

Vertiente de lo transubjetivo

Nos resulta importante investigar sobre las peculiaridades del acompañamiento requerido, por ende, nos interrogamos: ¿qué particularidades adquiere en estos tiempos el sostén y el acompañamiento de los referentes identificatorios privilegiados del entorno familiar y extrafamiliar, si estos otros sujetos también están atravesados por vacilaciones, por contradicciones y por multiplicidades?

En la línea planteada por Piera Aulagnier (1975), Ignacio Lewkowicz (1999), Silvia Bleichmar (2005) y Susana Sternbach (2007), los elementos culturales marcan y estructuran la vida psíquica. Entonces,

¿cuáles serán hoy las significaciones imaginarias sociales que esperan a los potenciales ingresantes a la cultura, con su carga de expectativas, consignas y prohibiciones? ¿Qué notas de época adquieren las coordenadas del encuentro con el otro?

Por un lado, a modo de invariante provisoria, sostenemos las marcas edípicas con las que el sujeto va al encuentro con un otro extrafamiliar, heterofamiliar; lo que Sigmund Freud ([1905]1998) denomina el hallazgo de objeto, revisado por Bleichmar (1993), Adrián Grassi y Néstor Córdova (2010) y Ricardo Rodulfo (2012). En el desarrollo del presente escrito se señalan algunas de estas líneas teóricas.

Las marcas edípicas se han transformado con los ribetes de época en función de los diversos lugares donde se trama la subjetividad desde los orígenes de su constitución. Es decir, las referencias identificatorias se han tornado múltiples, vacilantes y contradictorias, como resulta de la conclusión de la investigación acerca del ejercicio de la parentalidad con hijos adolescentes, realizada en La Plata y Gran La Plata, desde la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Por otro lado, el semejante -cuyo registro en tanto diferente promovía en otros tiempos movimientos de complejización psíquica y vincular, de intercambio y reciprocidad- hoy, tiempo en el que prima la incertidumbre, puede volverse referente absoluto o resultar amenazante. Esta situación puede llevar a dos respuestas que no propician el intercambio: el repliegue, el aislamiento a los fines de no perder cohesión evitando la confrontación o bien la búsqueda de un supuesto poseedor de todas las certezas. De este modo, se fragilizan y se precarizan los lazos sociales y los encuentros pueden tornarse a predominio de la vertiente agresiva, hostil de los vínculos, en otras palabras, tánatos ganando terreno a eros. Los movimientos de desinversión por sobre los de inversión, entorpeciendo o dificultando la exploración que todo trabajo psíquico y vincular requiere (Delucca & Petriz: 2005).

Creer es un proceso que conlleva agresión, según como lo formula Donald Winnicott (1971), y en todo vínculo también hay un componente agresivo en tanto pone en juego la diferencia y la separación con el otro, donde lo imaginario debe anudarse a lo real y a lo simbólico. Así, se vuelve menester cierta cuota de agresividad-agresión en la relación del adolescente con los pares, dado que la identidad propia se afirma en el enfrentamiento. Siguiendo el planteo de Rodulfo (2009), un monto de agresión resulta necesario en el encuentro, toda vez que:

[...] el mejor camino para que estas manifestaciones no deriven en malas relaciones y respuestas antisociales es, claro, el del juego. Es como decir que la violencia debe *transicionalizarse*. Jugar a matar, lejos de atizar una violencia peligrosa, la modula positivamente (2009: 203).

Dicho autor, en la revisión de los aportes conceptuales de Winnicott, hace referencia a una violencia que debe “transicionalizarse”. Entendemos que se encuentra trabajada en sintonía con los términos de agresión y de agresividad.

Para arribar a una mayor claridad conceptual, precisamos que la agresividad es constitutiva de lo humano, ya que la tensión deviene de la diferenciación con el otro, y como tal, es necesaria. A la agresión, por su parte, la articulamos con la descarga directa de la pulsión y el pasaje al acto, la anulación de la representación que supone la caída de lo simbólico. La violencia se pone de manifiesto bajo múltiples formas: se puede desplegar, materializarse en el cuerpo, transitando los bordes de la palabra o bien puede ser la utilización sistemática de términos que ofenden, minimizan, descalifican, excluyen, estigmatizan; violencias que se ponen en juego en el soporte corporal y/o simbólico y que comparten el erigirse en abuso, en exceso y suponen el arrasamiento de la subjetividad del otro.

¿Qué notas particulares adquiere el lazo en esta época en la que la instalación de las categorías del espacio y del tiempo ha sufrido modificaciones? ¿Cuáles son las nuevas coordenadas de las presencias y distancias en la era global y digital? ¿Cómo incide en esta cuestión la caída del padre sacralizado de otros tiempos?

La inmediatez imperante ofrece resistencias para soportar y para sostener los procesos que conllevan la tramitación, la elaboración psíquica. La bidimensionalidad predomina en la construcción espacial, atravesado por las marcas de la realidad virtual y cuya primacía en la cotidianidad de los adolescentes la instituye en un lugar privilegiado de subjetivación. Estas cuestiones atentan contra el tiempo requerido en la apropiación subjetiva de las transformaciones corporales, en el pasaje del amor edípico a las primeras emociones amorosas, en la instalación del conflicto que conduce a la búsqueda de respuestas propias. A su vez, los avances tecnológicos que se materializan en elementos presentes desde los primeros tiempos de la vida de un niño y de un adolescente contemporáneo -objetos que mantienen una arista de ajenidad para los adultos a cargo de la crianza- constituye en estos tiempos uno de los motivos que dificulta la puesta de

los padres en un lugar de admiración, de ideal. Los adolescentes se confrontan con la dificultad de destituir a sus padres de un lugar donde nunca los han podido ubicar (Frison & Gaudio, 2007).

[...] Todo está cambiando tanto que nadie sabe qué es exactamente un padre y una madre [...] el temblor más profundo en lo edípico reside precisamente en que “padre” y “madre” no tienen un significado seguro, el de siempre supuestamente, en que ya no sabemos muy bien lo que decimos cuando pronunciamos esas palabras, basales para invocar a Edipo [...] el miedo al padre ha desaparecido, o por lo menos ha disminuido categóricamente [...] Y así como se viene demorando la independencia económica y la salida posadolescente a vivir solos o en pareja, también se ha acelerado la independencia afectiva más temprana (Rodulfo, 2012: 42-43).

Constituye una nota de época que el padecimiento psíquico encuentre vías de manifestación que distan de lo sintomático y asistimos, cada vez con más frecuencia, a manifestaciones disruptivas, que atacan todo posible enlace.

Estamos en una época de goce sexual descorporizado y esto es muy pero muy evidente en los adolescentes. Hay muchísima menos claridad en el Otro parental, para brindar coordenadas a sus hijos para saber hacer con el despertar sexual de la adolescencia. La sociedad de la posmodernidad se caracteriza por no dar ritos de pasaje lo suficientemente claros [...] (Insua, 2015: 34-35).

Pero, en tal caso, transmitir algún saber sobre la cuestión podría estar a cargo de las funciones parentales, más allá de las contradicciones, de las vacilaciones y de las multiplicidades que habitan su ejercicio.

El amor en los tiempos que corren

El amor es una construcción de verdad. ¿Verdad acerca de qué?, se preguntarán. Y bien, verdad acerca de un punto muy particular, a saber: ¿cómo es el mundo cuando se lo experimenta desde el dos y no desde el uno? ¿Cómo es el mundo, examinado, puesto en

práctica y vivido a partir de la diferencia y no de la identidad? En mi opinión, el amor es eso (Badiou & Troung, 2012: 29).

El lazo de pareja en el que prima eros supone la simetría entre los dos sujetos implicados, ese es su carácter específico junto con la interdependencia de ambos. Ello implica el reconocimiento del otro en sus distintos aspectos: en tanto semejante, diferente y ajeno. Se sostiene un trabajo de ligadura de las diferencias en un proceso de construcción que tiene uno de sus orígenes en un primer encuentro sexual y amoroso. Este tipo de relación constituye a los dos sujetos enlazados en singulares y específicos de ese vínculo, la unión los modifica y ya no serán los mismos que antes de pertenecer a ella. Por ende, lo propio de este lazo es que produzca algo del orden de la novedad.

La ajenidad, dimensión aportada por el vínculo, es todo registro del otro que no se logra inscribir como propio, su inscripción no puede simbolizarse: “plantea un nuevo juicio, el de presencia, el cual pone a trabajar el psiquismo a partir de lo que se presenta y no sólo de lo que se representa” (Berenstein, 2007: 33).

La ajenidad conduce a la desilusión necesaria en toda construcción de un vínculo y, en consecuencia, a la posibilidad de generar un lugar donde antes fue herida, producto de las fisuras en la idealización, del reconocimiento de la incompletud. Allí, se ubica la novedad que deviene del trabajo exigido y realizado con la presentación del otro. Cabe subrayar que, dicho trabajo psíquico requerido en una relación de simetría supone el reconocimiento de una distancia y la experiencia vincular se produce en el entre-dos.

[...] la tarea vincular consiste en construir desde la otredad y advertir que la diferencia de sexos no es la única que la define. Las parejas del mismo sexo deberán pasar también por las vicisitudes de producción del vínculo, y sus dificultades no necesariamente tendrán que ver con la pertenencia de género sino con el trabajo arduo que propone la ajenidad. Las parejas heterosexuales tanto como las homosexuales deberán dirimir la cuestión del vínculo antes que o aparte de la cuestión de la diferencia sexual (Berenstein, 2007: 44).

La tensión que resulta del desconocimiento-reconocimiento del otro permite inferir una potencialidad conflictiva presente en toda relación

significativa. Según lo planteado por Sternbach (2006), en cada vínculo de pareja se entrelazan la pulsión, el deseo y el amor. Los anudamientos y desanudamientos de estas dimensiones presentes en el lazo de pareja, determinarán las diferentes y complejas vicisitudes por las que transitará la relación en sus múltiples tramos. El enlace amoroso, incluye un modo de procesar la dimensión pulsional del vínculo en articulación a las dimensiones del deseo y del amor y la pulsión se erige en motor de la complejización del lazo y la creatividad.

Por el contrario, cuando la tendencia a la descarga impera, se estará en presencia de funcionamientos vinculares violentos, lo cual supone la anulación de las diferencias, la abolición de las notas distintivas de la otredad, la negativa a aceptar las modificaciones que la pertenencia al vínculo supone. Priman la repetición como modalidad vincular, la compulsión que se pondrá de manifiesto mediante actos que irrumpen de manera no cualificada y que lesionan degradando al otro, al enlace mismo.

El vínculo que se construye a predominio de lo destructivo-pasional puede ubicar a los sujetos enlazados en una situación asimétrica en la que uno de ellos aparece como objeto exclusivo y necesario para la vida psíquica del otro. Permanece simétrica su implicación en la conformación de este tipo de vínculo en el que, vía la alienación, se presenta una adhesión masiva al pensamiento de uno de ellos, eludiendo, de este modo, la puesta en duda, el conflicto, la creación.

Lo tanático puede primar también en un lazo pasional simétrico en el que parece haberse hallado en el otro al objeto que colma la satisfacción. Ubicándose más allá del principio del placer, la pretensión de goce compartido caracteriza un tipo de relación que se juega prioritariamente a nivel imaginario, en los márgenes de la palabra. Da origen a un vínculo que se distingue por la impulsividad de las acciones, por estallidos de sufrimientos que se vivencian con una intensidad desmesurada. La pasión desanudada del amor y de la dimensión del deseo que, como tal, reconoce la incompletud, encontrará en la tendencia a la descarga pulsional directa la posibilidad del alivio de la tensión en forma inmediata, constituyendo ésta una respuesta subjetiva y vincular tanto precaria como violenta.

La complejidad del entramado vincular de pareja en la adolescencia

El tiempo de la adolescencia se encuentra marcado por la oscilación entre polos opuestos, en la ambivalencia amor-odio, en la ilusión del amor eterno, época de los grandes descubrimientos, de las búsquedas, de la bravura, de la osadía.

Tanto en la inscripción del cuerpo genital como en este pasaje a elección de objeto heterofamiliar, “el vínculo al otro” (Berenstein, 2005) compañero/a sexual, sujeto de deseo, es marca que funda e inaugura [...]. La genitalidad constituyéndose en vínculo, en lo hetero, da una nueva vuelta por la alteridad [...] en mutualidad (Winnicott en Grassi & Córdova, 2010: 34).

Esta salida a la exogamia, una de las múltiples tareas que afronta el sujeto adolescente supone la exploración de sí mismo y del otro, la investigación de lo semejante y de lo diferente, búsqueda atravesada por una nota de magnificencia. Los adolescentes en tanto sujetos en constitución, asumiendo el trabajo de reconstrucción de la propia identidad, suelen fusionarse con el otro, confundir los espacios, las distancias y vivir cada separación, generalmente, con un sentido trágico.

Lo genital implica la elección de objeto y la violencia de la transformación del cuerpo puberal hace que éste se experimente como un extraño, lo cual supone el riesgo de que se instale un accionar violento auto o hetero dirigido. La irrupción de la sexualidad propia y ajena requiere de un trabajo de apropiación, de integración y de hallazgo.

Hallazgo comporta elementos inesperados ligados a la creatividad [...]. No es la aparición de algo pre-visto, tal como «eso estaba ahí» y sencillamente se trataba de tomarlo [...] Hallazgo implica la actividad que hace aparecer un objeto mediatizado por la creatividad del sujeto, por su captación de lo imprevisto [...] Hallazgo es descubrir con ingenio algo hasta entonces no conocido [...] no es tanto la acción de encontrar, como una cualidad de la actividad subjetiva (Grassi, 2010: 38, 39).

A ello, puede sumarse lo comentado por Guillermina Díaz y Rebecca Hillert respecto al advenimiento de la pubertad:

[...] La sexualidad, autoerótica hasta ese momento, encuentra por fin el objeto sexual. El despliegue de la sexualidad implica que

sensualidad y ternura deberán confluir como dos corrientes sobre el objeto y el fin sexual [...] Se trata entonces de un tiempo de pasaje, que es un tiempo de espera, en suspenso. Esa espera incluye, por un lado, el pasaje de las prácticas masturbatorias ya conocidas a las primeras relaciones sexuales con un partenaire. Por otro lado, se verifica el pasaje de los objetos parciales de la infancia (pecho, boca, heces) a la elección de un nuevo objeto sexual y a la reunión de dos corrientes -la tierna y la sexual- que hasta el momento aparecían disjuntas (1998: 78).

Enamorarse y, por ende, reconocer y aceptar en el otro su falta propiciando de este modo el encuentro con la propia, conlleva un trabajo psíquico donde el amor se erige en construcción ligada con la creación. Al decir de Jaques-Alain Miller (2011), en el amor es esencial la relación con el Otro, de quien se espera “un signo de amor”, una nadería de lo que sea, siempre que signifique “me haces falta” o “tú me faltas”. La famosa frase de Jacques Lacan “dar lo que no se tiene, a alguien que no es” (s/d), podría leerse como “doy un signo de amor que significa que me faltas tú: eso es lo que no tengo”. La demanda de amor se dirige al Otro, en la medida en que no tiene o que supone que le hace falta y por eso espera un “signo de amor”.

La dificultad particular que transita todo adolescente en el armado y el sostén de un enlace amoroso puede ser pensada desde el requerimiento vincular de devenir otro con otro, en un momento en el que la subjetividad propia se está constituyendo. El trabajo psíquico exigido por el vínculo de pareja lo expone a cierta desestructuración, des-idealización necesaria como paso previo a ser otro, cuando de un tiempo de reestructuración se trata; exigencia de unión, de lazo cuando el proceso de tramitación que lo ocupa es el de diferenciación. Los movimientos exploratorios implican tiempo, proceso de elaboración, progresos y retrocesos, ir y venir.

Un interrogante que suscita este aspecto del trabajo psíquico del sujeto adolescente hace referencia a los aspectos que pueden ponerse en juego en el encuentro- hallazgo con un otro extrafamiliar, cuando los movimientos exploratorios aludidos, aún no tramitados, implican malestar o conflicto, pregunta abierta en la que subyace la incertidumbre, un no saber a dónde ir y, al mismo tiempo, una exigencia social de resolución veloz, inmediata.

En el encuentro con los otros se produce el encuentro con lo que ignoramos. Al mismo tiempo, cae una ilusión: no sólo no se sabe lo que quiere el otro, sino que fundamentalmente se encuentra exiliado de su propio saber (Díaz & Hiller: 1998, 79).

Adolescentes en los bordes y haciendo bordes

El pasaje de la endogamia a la exogamia puede presentar dificultades que desbordan a una estructuración psíquica vulnerable, frágil, cuando no están asentados los puntos simbólicos de reparo en el recorrido identificatorio-relacional, esto es, la pertenencia a un sistema de parentesco y a un orden genealógico y, con ello, la inscripción en un orden temporal y simbólico. La construcción de la propia historia puede comportar fisuras en la continuidad y, esta última, supone una secuencia que garantiza la mismidad a pesar y a través de los cambios, la permanencia de la identidad, de la organización narcisista (Aulagnier, 1994)

Las fallas en la instalación de la categoría de intimidad y en la constitución de un espacio exterior (alteridad) conducen al establecimiento de una fusión amorosa, en la que, como tal, aparecen desdibujados los límites y la diferenciación yo/no yo, cuerpo propio/cuerpo del otro. Cabe destacar, entonces, la diferencia entre la agresividad presente en un vínculo, como tensión concomitante al reconocimiento de la diferencia, paso transicional necesario, de la agresión que no la tolera, no le da entidad, no la aloja, en síntesis, la anula. El acto violento implica un desborde emocional, exceso y abuso, lo cual supone un arrasamiento de la subjetividad. En los actos violentos desplegados en una pareja, ambos protagonistas experimentan estados de desubjetivación.

El peligro del “salir con” reside en esta fusión o confusión amorosa con este imaginario doble que pone un espejo frente al sujeto y que instaura el riesgo de no encontrarse o de no encontrarse ahí.

El riesgo de la despersonalización está muy cerca. Para un adolescente que no pudo hallar sus propios límites y los del otro, el riesgo de sumergirse en el otro y de fundirse, es decir, de ahogarse, no es para nada menor (Lauru, 2015: 104).

En una línea de trabajo similar, Philippe Jeammet (1998) articula la violencia con la vulnerabilidad, con las carencias narcisistas y las fallas de identidad.

[...] La violencia no es un exceso de energía, sino que es una energía que no puede desplegarse en una red de desplazamientos que permitiría este trabajo de diferenciación y que condensándose conduce, en efecto, a una necesidad de descarga contra sí mismo y contra el otro. Y es eso la violencia: la pérdida del trabajo de diferenciación que como tal es una de las condiciones del mantenimiento de la identidad (1998: 56).

Si se producen interrupciones en el proceso de construcción de la subjetividad, irrupciones traumáticas -producto de abandonos reiterados, de pérdidas prematuras, de lazos familiares inconsistentes y de carencias vinculares, entre otras- se erigen en factores que inciden en los intercambios con los otros representantes del conjunto social, los otros extrafamiliares. Estos intercambios, pueden tomar la modalidad violenta y/o autolesiva, dando cuenta de una impulsividad manifiesta en un sujeto cuyos recursos simbólicos resultan precarios. De esta manera, la relación de pareja se vivencia como amenazante porque ataca la propia cohesión, la endeble construcción del narcisismo.

La omnipotencia y el desvalimiento recubren la vulnerabilidad que, desmentida, amenaza con retornar de manera tal que, muchas veces, se proyecta el desvalimiento sobre la pareja y esto favorece a su ataque.

La violencia, esa acción que desnuda la impotencia de la palabra, de la representación, la imposibilidad de vérselas con la castración de que el objeto puede hacer lo que no se soporta que haga, es una de las cuestiones más presentes en infinidad de amores que no pueden ir más allá del espejo [..]. Si el erotismo es logrado, si sostiene su potencia y su vehemencia donde se inscribe las particularidades del goce sexual de esa pareja, pero también de su goce subjetivo, el de cada uno de los partenaires, es probable que no haya una historia de violencia.

La violencia no es el desatarse de las pasiones sino por el contrario el estar más pegado, alienado en el fantasma. En una escena de violencia todo parece desbocarse, pero en su revés, es cuando más atrapado se está de algún punto de anclaje especular, fantasmático (Insua, 2015: 100).

Algunas consideraciones finales

A lo largo de esta producción hemos desarrollado un tema cuya complejidad apenas hemos empezado a transitar. En la aproximación a cada variable interviniente en la realidad fáctica de las problemáticas suscitadas en las familias, en las escuelas y en las que motivan las consultas clínicas de los adolescentes, se asiste a un entramado de elementos que propician la instalación de dificultades inéditas en el armado de lazos de pareja en un momento de la organización psíquica que ha sido históricamente vinculado a eros, a proyectos, a romanticismo y a vitalidad. Y todo esto aparece, en estos tiempos socioculturales, articulado a aspectos contradictorios, inestables y/o efímeros, cobrando protagonismo la superficialidad de la imagen, la anulación de las distancias, el imperativo de la respuesta inmediata y la denigración del semejante atacado por su ajenidad.

Al decir de Jeammet:

Cuando los valores en los que uno cree, los ideales, se alteran, es la imagen de sí que se derrumba. Y este derrumbe narcisista es susceptible de generar reacciones violentas. Hoy en día la ausencia de límites, la evolución muy rápida del sistema de valores y sobre todo el derrumbe de las prohibiciones han sido reemplazados por una exigencia de rendimiento (1998: 58- 59).

Estas marcas de época, como movimientos de cambio, coexisten con cierta tendencia de lo humano a investir y a ir a la búsqueda del otro por su condición de desamparo, de vulnerabilidad y también de indiscriminación. Y en esta apuesta al “entre dos”, ya sea padres e hijos, docentes y alumnos, entre los miembros de la pareja, es que se propone pensar en un “ir y venir”, en complejización en juntura con disrupciones, agresión y violencia. Saltos y continuidades. Proceso, asociación, articulación y también fisura, conexión y desconexión, para aludir a la lógica virtual de estos tiempos.

La tarea permanente de la sociedad con respecto a los jóvenes es sostenerlos y contenerlos, evitando, a la vez, la solución falsa y esa indignación moral nacida de la envidia del vigor y la frescura juveniles. El potencial infinito es el bien preciado y fugaz de la juventud; provoca la envidia del adulto, que puede descubrir en su propia vida las limitaciones de la realidad. Por eso es fundamental el estar ahí, la capacidad de estar, una vez más, en presencia, como adultos, como padres, como docentes,

como analistas para invitar a esa zona de juego que trazó Winnicott, dejando la huella para que la reinventemos; trabajo y tiempo psíquico, vincular en un proceso de mutualidad y como integrantes del conjunto social.

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. ([1975] 1991). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1994) “Los dos principios del funcionamiento identificador: Permanencia y Cambio”. En L. Hornstein y otros (comp.), *Cuerpo, historia, interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Badiou, A. y Troung N. (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós
- Berenstein, I. (2007). *Del ser al hacer*. Buenos Aires: Paidós
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- Bringiotti, M. y Paggi, P. (comps.) (2015). *Violencias en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.
- Delucca, N. y Petriz, G. (2005). *Ampliaciones sobre aprendiendo a enseñar* [Ficha de cátedra]. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
- Díaz, G. y Hillert, R. (1998). *El tren de los adolescentes*. Buenos Aires: Lumen Hvmánitas.
- Freud, S. ([1905] 1989) “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Frison, R. y Gaudio, R. (2007). “Psique y Cuerpo en los tiempos de la Globalización”. En *Revista Question*. I (13), s/p.
- Grassi, A. y Córdova, N. (2010). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales*. Buenos Aires: Entre Ideas.
- Insua, G. (2015). *¡Ojalá te enamores!* Buenos Aires: Letra Viva.
- Jeammet, P. (1998). “Violencia y Narcisismo”. En *Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 11, pp. 54-61.
- Lauru, D. (2015). “Los primeros amores”. En Donzino, G. y Morici, S. (comps.). *Culturas adolescentes*. Buenos Aires: Noveduc.
- Lewkowicz, I. (1999). “Historización en la adolescencia”. En *Cuadernos A. P. de B.A.*, 1, pp. 109-126.

- Rodulfo, R. (2009). *Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2012). *Padres e hijos*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J-A. (2011). "Signo de amor". En *Página 12* [en línea] Recuperado de <<https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-163348-2011-03-04.html>>
- Sternbach, S. (2006) "Destinos de la pasión en la trama vincular". En *La pareja y sus anudamientos*. Puget, J. (Comp.). Buenos Aires: Lugar.
- _____ (2007). *Organizaciones Fronterizas, Fronteras del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Lugar.
- Waserman, M. (2011). *Condenados a explorar*. Buenos Aires: Noveduc.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y Juego*. Buenos Aires: Gedisa.

Acercas de las autoras

Roxana Frison es licenciada y profesora en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como investigadora categorizada y es jefa de trabajos prácticos de la cátedra de Psicología Clínica de Niños y Adolescentes de la Facultad de Psicología (UNLP). Además, es coordinadora y supervisora del Centro de Extensión Universitaria N° 7 "Villa Elvira" de la UNLP y participa del proyecto de extensión "CONSULTORIOS DE ATENCIÓN PSICOLÓGICA DE NIÑOS/AS, ADOLESCENTES Y ADULTOS DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA EN LOS CENTROS COMUNITARIOS DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA EN EL GRAN LA PLATA". Paralelamente, es consultora de Dirección de Modalidad de Psicología Comunitaria y Pedagogía Social de la Subsecretaría de Educación dependiente de la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia de Buenos Aires.

Con anterioridad, fue residente y jefa de residentes del Hospital Interzonal General de Agudos "General San Martín" de La Plata (Buenos Aires, Argentina).

Carolina Longás es licenciada y profesora en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Trabaja como docente en la cátedra Psicología Evolutiva II de la Facultad de Psicología (UNLP) y es investigadora categorizada, integrando investigaciones en temáticas relacionadas con la familia y la pareja; el proceso adolescente y el envejecimiento en La Plata y Gran La

Plata. Además, es coordinadora en actividades de extensión y del proyecto “CONSULTORIOS PSICOLÓGICOS DE ATENCIÓN INTERDISCIPLINARIA” EN BARRIOS DE LA PLATA Y GRAN LA PLATA” y ha escrito gran cantidad de publicaciones en calidad de autora y coautora vinculada a esta temática, como también ejercer la profesión en materia de psicoterapia psicoanalítica individual y vincular.

Anteriormente, fue residente y jefa de residentes del Hospital Interzonal General de Agudos “General San Martín” de La Plata (Buenos Aires, Argentina).